

**Las mil vidas del profesor
Bonham.**

Juan Luis Ortiz Hidalgo.

© Juan Luis Ortiz Hidalgo, 2012.
Primera edición: enero 2013.
Diseño de portada: “Amor fluido”
Juan Luis Ortiz Hidalgo.

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright».

ISBN: 978-84-616-2471-3
Depósito Legal: exento en virtud del art. 5.g) de la Ley 23/2011 de 29 de julio, de depósito legal.
Impreso en España / Printed in Spain.
Impreso por Fenix Editora S.L.

*A mi hija Mayte, quien un día me dijo
“papá deja de leer y ponte a escribir”.*

*A mis familiares y amistades, y a todas
aquellas personas a las que quiero
y por las que me siento querido.*

Índice.

Agradecimientos.....	9
Capítulo 1. Investigadores	11
Capítulo 2. Un encuentro crucial.....	31
Capítulo 3. El Magnetrón-B	55
Capítulo 4. Un par de incidentes	77
Capítulo 5. La sala oscura	93
Capítulo 6. Despertares.....	113
Capítulo 7. La huida.....	133
Capítulo 8. Revelaciones	153
Capítulo 9. Hacia oriente	167
Capítulo 10. Atrapado en Dimona	197
Capítulo 11. Producción en serie.....	221
Capítulo 12. Reconciliación	241
Capítulo 13. Golpe de mano	263
Capítulo 14. La muerte.....	275
Capítulo 15. Maskirovka	293
Capítulo 16. Acto final	315
Epílogo	343
Nota del autor y fuentes.....	349

Agradecimientos.

Hay muchas personas a las que debo agradecer su apoyo, sus consejos, su aliento o su paciencia durante los dos largos años que duró la redacción de este libro. Algunas de ellas ni siquiera pueden imaginar de qué manera sus palabras o sus acciones me sirvieron de ayuda en algún momento.

En primer lugar, gracias a mis familiares, a quienes robé muchas horas para dedicar a la escritura, y gracias a mis amistades, por soportarme a pesar de mis reiteradas excusas o negativas a encontrarnos porque siempre estaba “liado con la novela”, así como por seguir otorgándome el regalo de su cariño y aprecio.

Mi agradecimiento sincero a las personas que se ofrecieron a leer la historia y a darme su opinión, especialmente a mi amigo Antonio Artacho por ser el primero en llevar a buen puerto su loable ofrecimiento :-)

Debo mostrar mi reconocimiento a Miryam Tornero Galán, autora de la novela *La promesa del francés*, quien al publicar su obra me demostró que, con esfuerzo, los sueños se cumplen, sirviéndome de acicate para terminar mi propio libro.

Igualmente muchas gracias al creador de la novela gráfica *La maravilla balcánica*, José Luis Albués, quien se ha convertido en un amigo que puso a mi disposición sus vastos conocimientos sobre literatura, pintura, cine y vídeo orientándome y aconsejándome en numerosas ocasiones.

Y en el final de esta relación pero no en el último lugar en cuanto a la importancia, muchas gracias a ti, amable lectora, querido lector: a la persona que ahora mismo sostiene este libro en sus manos (o lo lee en su dispositivo electrónico), muchísimas gracias por elegirme para llenar algunas de tus horas de ocio. Espero no defraudarte y haber sido capaz de crear algo duradero que te ilustre, te entretenga, te emocione o te sorprenda. De todo corazón, gracias.

Puedes opinar, valorar, criticar el libro y ponerte en contacto conmigo en www.lasmilvidas.webs.com.

Juan Luis Ortiz Hidalgo.

Capítulo 1. Investigadores.

Era muy temprano, la mañana del lunes cuatro de diciembre de 1967, cuando Nikolaus Henfeld, profesor en la facultad de medicina de la Universidad de Harvard, enfilaba con su automóvil a toda velocidad la gran avenida Longwood, en Boston, donde radicaba dicha facultad.

La nieve caía incesantemente durante la noche cubría las calles y hacía derrapar peligrosamente al vehículo en cada curva. Finalmente, tras recorrer los últimos metros, se detuvo en el campus y salió a la carrera hacia el departamento de investigaciones médicas. Entró de estampida en el viejo edificio, permitiendo que la amplia puerta de entrada a la venerable institución se cerrara estrepitosamente, e imprimió a sus cortas piernas una curiosa combinación de trotecillo y caminar apresurado, con el fin de que le condujeran lo más deprisa posible hasta los laboratorios, atravesando salas y pasillos aún vacíos y silenciosos a aquella temprana hora del día.

Con el mismo ímpetu irrumpió en la sala B de los laboratorios, para comprobar que, tal como había esperado, la persona que buscaba se encontraba allí. La sala era un espacio amplio y luminoso, con largas mesas adosadas a las paredes. Sobre todas ellas, y también bajo algunas, podían observarse numerosos aparatos de todo tipo semejantes a pequeños electrodomésticos, recipientes multiformes, algún

microscopio, libros... En un lateral se disponía un diminuto lavadero con su grifo, y junto a él se encontraban varias jaulas con aves y ratones. Sobre los muros, numerosas estanterías estaban también abarrotadas de material y publicaciones.

—¡John..., John...! ¡Lo ha conseguido! —exclamó el recién llegado sin aliento, tendiendo el periódico que llevaba en la mano—. ¡El muy hijo de... lo ha conseguido! ¡Lo ha logrado al fin!

El llamado John se encontraba de espaldas a la puerta recién abierta. Su figura se recortaba en el contraluz del ventanal situado frente a él, envolviéndolo en un aura que le otorgaba un cierto aspecto sobrenatural. Sentado ante una de las amplias mesas observaba, ligeramente inclinado, algo que atraía todo su interés y que su cuerpo ocultaba a la vista de su visitante. Tan absorto se encontraba que tardó unos instantes en enderezarse, y aún un poco más en volverse lo suficiente para tomar, tranquilamente, el diario que se le ofrecía.

Apenas Henfeld entregó el matinal, dejó caer pesadamente el torso hacia adelante, para apoyarse con ambas manos sobre sus rodillas y jadear en busca del oxígeno que sus forzados pulmones demandaban desesperadamente.

John Bonham miró a su interlocutor y acto seguido, ladeando ligeramente la cabeza, paseó la vista por el titular que se mostraba en primera plana. La enorme tipografía huecografiada anunciaba una noticia de alcance mundial:

“Christiaan Neethling Barnard realiza el primer trasplante de corazón de la historia, en la Universidad de Ciudad de El Cabo, Sudáfrica.

El paciente elegido para el primer trasplante cardíaco es Louis Washkansky, varón de 55 años que padece diabetes y una cardiopatía. El corazón del donante es el de una joven, Denise Ann Darvall, fallecida junto a su madre en accidente de tráfico ocasionado por un conductor ebrio. El 3 de diciembre, en una operación de nueve horas y apoyado por el equipo médico del hospital,¹ fue trasplantado el corazón”.²

Bonham volvió a mirar a su colega en el departamento de medicina de la prestigiosa universidad de Massachusetts:

—Oye, tómatelo con calma, o te dará un infarto y tendremos que traer aquí a Barnard para que implante un corazón de mono dentro de tu viejo esqueleto —dijo Bonham riendo—. Y por cierto, hablando de cuidar tu corazón: también deberías comer menos de esas asquerosas salchichas bratwurst. Tanta grasa no es buena ¿De dónde diablos las sacas?

Al oír aquello Henfeld, ofendido, se irguió como herido por un rayo:

¹ Aquí es preciso mencionar a Hamilton Naki (26/06/1926 - 29/05/2005), sudafricano de color que comenzó a trabajar como jardinero en la universidad de Ciudad de El Cabo y terminó como médico y cirujano, aunque carecía de formación académica en la materia. Llegó a participar junto al doctor Barnard en los trabajos que condujeron al primer trasplante de corazón, aunque, debido al apartheid, todo el mérito fue atribuido a este. Finalizado el régimen racista recibió en 2002 un reconocimiento por su trabajo, tras décadas de injusto anonimato.

² Washkansky sobrevivió a la operación y resistió durante 18 días, antes de morir de una neumonía inducida por el tratamiento inmunosupresor que debía tomar.

—¡Nein, nie!³ Es lo único bueno que aún me queda de mi pobre país. Vosotros, los americanos, solo coméis porquerías —exclamo marcando mucho las erres con su pronunciado acento de Baja Sajonia.

Por un instante Bonham observó a su amigo con más atención: Henfeld era de mediana estatura; su cuerpo, ligeramente entrado en carnes, albergaba un corazón cuya magnanimidad se evidenciaba a través de una mirada bondadosa e inteligente. El rostro, que exhibía un poblado bigote gris y estaba enmarcado en una canosa cabellera, hacía recordar vagamente al de Albert Einstein, aquel otro famoso científico alemán como él.

Nacido en 1921 en el seno de una familia acomodada de la ciudad germana de Braunschweig, a unos 240 kilómetros al oeste de Berlín, el pacifismo de Nikolaus le había impulsado a trasladarse a Estados Unidos antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, al igual que hicieran muchos otros compatriotas suyos cuando vislumbraron que el horror se cernía sobre Alemania, a medida que Adolf Hitler incrementaba más y más su poder.

Ya en América, decidió instalarse en Massachusetts y finalizar allí sus estudios médicos, graduándose en la facultad de medicina de Harvard. Y en la capital del estado —Boston— había vivido desde entonces aquel alemán afable que a la sazón contaba 46 años de edad, perfectamente integrado como un ciudadano más, a pesar de lo cual no dejaba de mostrar indicios que evidenciaban su origen

³ En alemán “No, nunca”.

burgués y extranjero: como, por ejemplo, su invariable distinción en el vestir y sus erres arrastradas, especialmente cuando se irritaba, cosa que su compañero de departamento parecía conseguir con suma facilidad mediante irónicos comentarios como aquel.

En Harvard, Henfeld y Bonham trabajaban en líneas paralelas de investigación sobre trasplantes de distintos órganos corporales. Ambos intercambiaban sus descubrimientos y se prestaban toda la colaboración que cada uno pudiera precisar del otro, a diferencia de lo que era habitual en muchos otros equipos científicos.

—Bueno, era inevitable que ocurriera tarde o temprano —dijo Bonham con calma en referencia al titular del diario, a la vez que retornaba distraídamente a su postura de observación—. Barnard es uno de los mejores especialistas en trasplantes, y no olvides que ya había realizado otras tentativas anteriores, además...

—Sí, sí, pero ¿qué será lo siguiente? Tú lo sabes, sabes perfectamente que Barnard y su equipo intentarán...

—Escucha Nikolaus —interrumpió Bonham al tiempo que volvía a girarse para mirar de frente a su amigo—, no debemos preocuparnos por eso. Los sudafricanos sólo quieren lo que queremos todos los científicos, ni más ni menos. Eso es legítimo, pero no olvides que nosotros, aquí en Harvard, estamos centrados en esto desde el principio —y al decir eso se golpeó ligeramente la cabeza con la punta de los dedos—. El siguiente paso es obvio, toda la comunidad científica persigue el trasplante de cerebro, pero —enfaticó las palabras— nosotros les llevamos varios años de ventaja.

—Tienes razón. Tú nunca te has apartado de tus investigaciones sobre el trasplante cerebral, pero por mi parte, como especialista en corazón... Barnard se me ha adelantado. Ya no espero alcanzar ningún logro destacado. Nada que pueda ofrecer a la comunidad científica como un avance significativo.

—Te equivocas, viejo amigo. Necesito que te unas a mi proyecto porque estoy más cerca de lo que tú crees.

Bonham sonrió misteriosamente y, tras una pausa, dándose un ligero impulso con el pie, se desplazó a un lado sobre su asiento con ruedas, revelando lo que hasta el momento su propio cuerpo ocultaba a la vista de Henfeld.

El alemán posó su mirada sobre la mesa, luego sobre su sonriente amigo y de nuevo miró hacia la mesa. Desconcertado avanzó un par de pasos indecisos.

—Pero qué... ¿Qué demonios tienes ahí? Se detuvo muy cerca de una amplia jaula de laboratorio y observó detenidamente su contenido. Una paloma se desplazaba por el interior, dando pequeños y rápidos pasos por el suelo. Henfeld acercó el rostro a los finos barrotes y el ave huyó al extremo más alejado del limitado recinto, sin abandonar el piso. La parte superior de la cabeza del animal se hallaba desplumada y cubierta por un pequeño cuadrado de gasa.

—¿Por qué camina de esa forma tan rara?

—¿No lo comprendes? —preguntó Bonham.

—No, no entiendo nada.

—Mira esto, a ver si lo captas.

El científico introdujo en la jaula un diminuto recipiente conteniendo pequeños trozos de queso, que depositó junto a los comederos con agua y semillas que servían para

alimentar al ave. Tras unos instantes de titubeo, el animal se aproximó caminando y comenzó a picotear el queso de buena gana, ignorando por completo la que debería ser su comida natural.

—Pero si... ¡está comiendo queso! Como un...

—¡Exacto! —Exclamó Bonham entusiasmado pasando un brazo sobre los hombros de su amigo, el cual no podía apartar la mirada del pequeño animal—. Come queso ¡al igual que una rata! —profirió triunfal.

Nikolaus giró lentamente la cabeza para observar boquiabierto a su compañero, mientras la idea conseguía abrirse paso con dificultad a través de su mente.

—Como una... le has... has conseguido que...

—Así es. Tiene trasplantado el cerebro de un roedor —y como para ratificar tal afirmación, en ese momento la paloma se dirigió a una rueda de juego instalada en el jaulón y comenzó a corretear torpemente dentro de ella.

—Pero, ¿cuándo lo has hecho? No me habías dicho nada.

—Todo estaba ya bastante adelantado. Los animales se encontraban en observación desde hace días. Pensé proponerte que me ayudaras a llevar a cabo la intervención durante este fin de semana, pero el viernes, cuando me comunicaste que no te encontrabas bien y que te marchabas a casa, no quise obligarte a trabajar indispueto. El equipo médico y los becarios me ayudaron con los preparativos y durante la operación.

En ese momento, como si al citarlos los hubiera invocado, hicieron su aparición en el laboratorio una pareja de jóvenes de algo más de veinte años. Se trataba de Caroline Zimmermann y Robin Callahan, dos de los estudiantes de último curso de medicina. Harvard seleccionaba cada año

algunos alumnos entre los poseedores de los más brillantes expedientes académicos, como ellos, para ser asignados en calidad de becarios a los programas de investigación más destacados del centro.

—Profesor Bonham, profesor Henfeld, buenos días —saludaron mientras colgaban sus abrigos y vestían sendas batas blancas.

—Buenos días chicos —contestaron estos casi unísono.

—¿Qué tal va todo profesor Bonham? —interrogó el muchacho acercándose a la jaula y observando con interés el espécimen.

—Comprobadlo por vosotros mismos: ha comenzado a deambular y a comportarse como un perfecto roedor.

—Parece que se encuentra estupendamente —comentó la chica tomando un cuaderno y efectuando algunas anotaciones en él.

—El que no se encuentra tan bien soy yo, Carol, voy a morir de agotamiento —gimió Bonham al tiempo que se despreczaba y bostezaba sin poder contenerse.

—¡Oh, cielos! Es cierto —exclamó ella alarmada—. Ha permanecido usted aquí desde el viernes, apenas ha comido y casi no ha dormido. Debería marcharse inmediatamente a casa. Nosotros nos ocuparemos de las observaciones y de cuidar al sujeto experimental.

—Tiene razón —subrayó Henfeld—. Márchate. Te has ganado un merecido descanso. Nosotros nos quedaremos y nos encargaremos de todo.

—¡Dios santo! El ronroneo de tus erres teutonas acabará de arrojarme definitivamente en brazos de Morfeo. Debo

huir antes de que me quede dormido de pie en medio de esta sala —bromeó el científico.

Todos rieron mientras Bonham tomaba su sombrero y su abrigo del perchero y se encaminaba a la salida.

—Llamadme por teléfono si se produce cualquier novedad —les dijo sin volverse saliendo por la puerta.

En la calle un sol radiante se reflejaba sobre el albo y frío manto de nieve, lanzando destellos que herían los ojos del profesor, habituado a tres días con sus noches de luz artificial en el interior de los edificios académicos. El universo parecía felicitarle por su logro después de tantos años de arduo trabajo.

Se detuvo un momento en la parte superior de la escalinata de salida, antes de abandonar la universidad, simplemente para paladear aquel instante. Estaba a punto de alcanzar uno de los mayores avances en toda la historia de la humanidad. ¿El fuego? ¿La penicilina? ¿El hombre en la luna?⁴ Quizá nada de aquello sería comparable con las posibilidades que brindaría su descubrimiento: el trasplante del cerebro humano dejaría pequeña la manipulación del resto de los órganos, y haría posible sortear toda una pléyade de enfermedades incurables, de trastornos degenerativos, el temido cáncer...

Infinidad de males que azotaban a la especie humana, y que podrían evitarse tan sólo cambiando el cerebro de un individuo enfermo al cuerpo sano de un donante —quizá al

⁴ El 21 de julio de 1969, dos años después del momento en que transcurre la acción, Neil Armstrong pisaría la Luna por primera vez.

de personas en estado de muerte cerebral o en coma irreversible—. Al propio tiempo, la totalidad de los ingentes recursos económicos dedicados a la investigación clínica podrían concentrarse en la nueva vía médica, lo que a su vez repercutiría en nuevos e inimaginables descubrimientos.

Se profundizaría en la comprensión de las estructuras complejas del cerebro —pensaba el investigador—; en el entendimiento de las funciones de la mente y del concepto del yo, enigmas que habían traído de cabeza a pensadores, investigadores y filósofos desde los albores de la humanidad. Entonces serían desvelados los impenetrables secretos de la vida y, aún más allá, tal vez los de la muerte, y a partir de ahí quedaría dispuesto el trampolín que podría catapultar al ser humano hasta la inmortalidad.

¡La vida y la muerte! Las dos caras inextricablemente ligadas a la existencia de todos los seres vivos sobre la tierra, acerca de las que tanto se había escrito y debatido y de las que tan poco se conocía.

Mientras Bonham conducía en dirección a su hogar dejó de proyectar sus pensamientos hacia el futuro, y trató de ubicar el instante exacto en que comenzaron a surgir y a plantearse ante él aquellos formidables interrogantes existenciales. Aquella pasión científica que le había agujoneado desde que le alcanzaba la memoria y que le había empujado al ejercicio de la medicina.

Inevitablemente hubo de retrotraerse a su infancia en el minúsculo poblado de Wakenney, Kansas, un lugar fondeado en un ondulante mar de dorados trigales, de los que subsistía el villorrio y donde John había nacido en la primavera del año 1915.

En aquella época el pueblito no contaba con más de mil habitantes, y todavía faltaban once años para que lo atravesara la que, con el tiempo, llegaría a convertirse en una de las más importantes autopistas del país: la ruta cuarenta, que uniría Denver con Kansas City pero que se extendería mucho más allá: hasta Atlantic City en la costa este y hasta San Francisco en la oeste. En el momento de su nacimiento la distancia entre estas dos ciudades era recorrida, incesantemente, por los buscavidas que se dirigían hacia El Dorado californiano y los fracasados que regresaban de él.

Es posible que sus inquietudes médicas nacieran en aquellos primeros años, correteando tras las lagartijas para luego destriparlas y observar su interior, allá en la granja que regentaban sus padres, en la más árida de las polvorientas llanuras de aquella profunda América rural. Aunque es más probable que sus cacerías de reptiles y otros bichos —que su pobre madre calificaba de “asquerosos” con un mohín de hondo disgusto pintado en su rostro— no tuvieran otro fin que el de espantar la terrible soledad que, como una losa granítica, aplastaba al pequeño John. Y es que Wakenney era el más desolado de los desolados lugares en el que un niño sin hermanos podía crecer, aunque él, entonces, aún no era capaz de apreciar tal cosa y deberían transcurrir muchos años para alcanzar a comprender aquella triste realidad en toda su dimensión.

A su tedio contribuía no poco el carácter ensimismado de su madre, cuya existencia, como la de un autómatas, discurría en los tránsitos rutinarios de la cocina al lavadero, de ahí a la pequeña huerta, de esta al dormitorio... Y los domingos, junto con su marido y el niño, a los servicios religiosos en el pueblo.

A su padre apenas le veía. El granjero salía muy temprano para las faenas en el campo, regresaba muy tarde y, cuando en ocasiones coincidían, el hombre sacaba un frasco de vidrio del bolsillo trasero de su pantalón, se desplomaba sobre la mecedora del porche delantero y daba largos, sonoros, pausados tragos, mientras su mirada se perdía en el horizonte lejano.

—Padre ¿qué bebes? —interrogaba el chiquillo.

—Hijo, es mi medicina.

—Pa, ¿puedo probarla?

El granjero miraba al pequeño de soslayo por un instante y, en lugar de contestar, apuraba los últimos sorbos y volvía a escudriñar el inescrutable horizonte.

Si al desabrido ambiente familiar unimos los abrasadores veranos de Kansas, sus gélidos inviernos y la anodina escuela local de primaria, no es de extrañar que Bonham partiera sin mirar hacia atrás —y sin un ápice de nostalgia o tristeza en su semblante— cuando cumplió los trece años y se marchó a casa de tía Nora, la hermana de su madre, con la que habría de residir mientras continuaba sus estudios de secundaria en la capital del estado. Tampoco cabe duda de que las lagartijas —y los otros bichos asquerosos— debieron descansar y respiraron por fin aliviados en un radio de varios kilómetros a la redonda de su antiguo hogar.

Quizá fuera entonces, a esa edad y en la Kansas City de 1928, cuando su curiosidad vital creciera un punto, pero en un sentido mucho más cercano y prosaico que el que más tarde había de invadirle: ahora se trataba de la curiosidad por las cosas de la vida. Y es que, habiendo sido hijo único por un lado, y habiendo tenido hasta ahora unas compañeras

escolares tan planas como el resto de los muchachos, de no muchas ocasiones había dispuesto el joven John Bonham para constatar, empíricamente, que había algunas diferencias morfológicas bastante notables entre los niños y las niñas.

Eso cambió el día en que la vieja y seca señorita Alice —su maestra en la capital— se ganó un bien merecido retiro y, para sustituirla, vino de algún lugar al este de Kansas la jovencísima señorita Madeleine.

Nunca, hasta entonces, había experimentado el alumno Bonham aquella irresistible atracción que llevaba a sus pupilas a fijarse indefectiblemente en un punto —o por mejor decir, en dos puntos— un par de palmos más abajo de los ojos de su nueva maestra.

Y es que la joven docente era una airosa y linda muchacha de buen corazón, de grandes conocimientos, de grandes ojos, de grandes... en realidad estaba más que bien proporcionada en todas sus cualidades y atributos. Por esa razón, Bonham no perdía ocasión de obsequiarla con manzanas que traía de casa de su tía, o con flores que recogía camino de la escuela.

De todo hacía el chico con tal de aproximarse a los azules ojos de la mujer, a sus rubios cabellos, a su par de... Además, la señorita Madeleine, de cerca, olía a fresas. Por alguna razón misteriosa olía intensamente a fresas, como un caramelo que el chico paladeara inmaterialmente. Así, en presencia de la joven, aquel niño se obnubilaba, perdía el sentido de su ser y adquiría plena conciencia de que existía alguien más allá de su propia piel.

Comenzaba a hormiguar en él aquel impulso, indefinible pero poderoso, que lleva a todas las criaturas a anhelar la

fusión con otras criaturas semejantes. Impulso que se le manifestaba en forma de un gratificante y cálido cosquilleo que se originaba en su vientre, le subía al pecho, ascendía un poquito más, hasta su cabeza —donde dejaba una dulce neblina de confusión—, y luego descendía hasta algo más abajo de donde primeramente se había iniciado.

Y si bien ya comenzaban a apuntar leves rastros de desazones vitales, estas no eran muy distintas ni en su naturaleza ni en su intensidad de las que cualquier mortal —a esas edades y en sus mismas circunstancias— podía experimentar. Sólo es preciso destacar que nuestro joven era un ser sumamente sensible, y que en su persona cada acontecimiento —ya fuera positivo o negativo, para bien o para mal— iba a dejar una huella ligeramente más marcada que en el promedio de la humanidad. Pero en definitiva, no había aún nada que determinase claramente hacia donde habría de dirigirse su futuro.

Sin embargo, del mismo modo en que cada existencia se ve influida por miríadas de otras existencias paralelas; de la misma forma en que se entrecruzan las vidas originando ríos impredecibles de causas y efectos, también así otros acontecimientos más globales y difíciles de prever se producían sin cesar, inundando como una marea la época en la que a Bonham le había tocado vivir. Esos sucesos conforman un torbellino con un poder de succión tal, que no hay fuerza capaz de detenerlo ni que haga posible resistir sus zarandeos, una vez que ese vórtice ha alcanzado nuestras vidas. Son hechos que marcarán nuestro destino aunque, inicialmente y en apariencia, no tengan absolutamente nada que ver con nosotros.

En el caso de Bonham esas circunstancias —las que habrían de conformar el tobogán por el que el joven se zambulliría de lleno en su vocación médica— comenzaron a fraguarse con la caída de la bolsa de Wall Street, en Nueva York, en octubre de 1929. El desplome bursátil ponía fin al periodo de bonanza económica en EEUU —el cual había sido propiciado por el aislamiento de América ante la primera guerra mundial— y daría inicio a la Gran Depresión: una era de declive y empobrecimiento que el mundo entero sufriría sin remedio en mayor o menor medida.

La situación de crisis económica conduciría, a su vez, a acontecimientos mucho peores que alcanzarían su culmen con el estallido de la segunda guerra mundial, diez años después.⁵

En el intervalo que media entre 1933 y 1941 —es decir, desde que John finalizó sus estudios de secundaria a la edad de 18 años hasta el ataque japonés a Pearl Harbor, dos años después del inicio de las hostilidades en Europa— Bonham sobrevivió como pudo, trabajando en granjas y villorrios a lo largo y ancho de todo su estado natal. Ejerció de temporero en los campos de cultivo, cargó y descargó camiones, hizo de vigilante en almacenes, durmió en cabañas y cobertizos, mendigó, cometió pequeños hurtos e hizo cuanto pudo para no morir de pura hambre.

Para salir adelante hubo de acallar su conciencia en muchas ocasiones, impulsado por el mismo instinto de supervivencia que animaba a todos aquellos hombres y

⁵ El 01/09/1939 Alemania invade Polonia, lo que se considera el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en Europa.

mujeres a quienes tocó sufrir la Gran Depresión. Sin embargo, aventajaba a la gran mayoría por el hecho de ser joven, por no tener familia ni hijos de los que ocuparse, y por haberse criado en un ambiente tan austero, solitario y carente por completo de comodidades, que no tuvo nada que añorar al llegar aquella época de vacas flacas.

Y así, cuando el 8 de diciembre de 1941 el Congreso de los Estados Unidos declara la guerra a Japón, encontramos al joven Bonham entre los nutridos grupos de hombres —enceguecidos de ira— que forman largas y apretadas colas ante las oficinas de reclutamiento prestos a alistarse. No tenía ningún lugar mejor al que dirigirse y, como muchos otros, estaba dispuesto a ser de los primeros en partir a luchar contra el nuevo enemigo, al que pensaban hacer pagar por aquellos últimos años de penurias y frustraciones sufridos en su propio país.

John, que por aquel entonces contaba 26 años de edad, se había convertido en un mocetón despierto por el constante roce con borrachos, vagabundos y gentes de toda laya y condición. Su cuerpo estaba curtido por la vida a cielo abierto y por el trabajo duro. Su espíritu —expuesto al mundo y libre como el de los animales—, cual esponja sumergida en líquido no cesaba de absorber sensaciones, experiencias e impresiones, favorecido todo ello por el carácter retraído y observador que había heredado de sus progenitores.

Era alto, de hasta un metro ochenta. Sus cabellos castaños, cortados en aquella época a cepillo, revelaban una frente amplia y noble, ligeramente huidiza en la parte superior. Sus ojos pardos, que emanaban sinceridad y

perspicacia, y el mentón, que hablaba de firmeza y determinación, indicaban en conjunto que uno se hallaba ante un hombre sensato y seguro de sí mismo, con el que se podía contar como amigo.

Alistado en la fuerza expedicionaria del Cuerpo de Marines fue destinado a la Primera División, y con la Primera de Marines luchó en Guadalcanal y en Nueva Guinea. Combatió en Nueva Bretaña, en la batalla de Peleliu y también en Okinawa. Y por todos aquellos mataderos fue presenciando nuestro joven soldado un triste reguero de dolor y desolación, del que hubo de ser no sólo testigo, sino también partícipe. En aquellos lugares se le mostró una paleta con una gama de desgracias como él nunca pudo imaginar que existieran.

Fue allí —entre oleadas de asalto contra las líneas enemigas— donde se asomó a los abismos de la muerte y donde pudo empezar a comprender su insondable y espantosa negrura. Ahí fue donde miró a la parca directamente en el fondo de sus cuencas vacías y heladas, mientras los que habían sido sus camaradas un segundo antes reventaban por los aires, a su lado, convertidos en un picadillo sanguinolento que le cegaba de sangre y vísceras, bajo el fuego de las ametralladoras y los cañones enemigos.

Paradójicamente tuvo que ser allí, entre tantísima muerte, donde hubo de empezar a entender el sentido de la vida, mientras un río de almas se precipitaba irremediabilmente hacia los acantilados del nunca-más-ser. ¡Dónde si no habría de ver un joven pueblerino una tragedia de tal magnitud! justamente en aquella guerra, donde la dama negra se paseaba como dueña y señora, apuntando con dedo huesudo

y displicente ora a derecha: «muere tú», ora a izquierda: «tú vive». De nuevo a un lado: «todos vosotros... ¡morid!», y al otro: «tú... vive... por ahora...»

Precisamente porque muchas veces la dio por perdida y otras tantas la reencontró, pudo comprender el regalo de la existencia que le había sido concedida: el don de respirar, de caminar, de sentir... Y aprendió a descubrir aquel milagro en las cosas más minúsculas: en la brizna de hierba verde que, incomprensiblemente, permanecía erguida tras el paso de las orugas de los tanques, tras las explosiones, tras las llamaradas; en la lombriz que se retorció a un centímetro de sus ojos, sobre la tierra sanguinolenta de la trinchera donde él hundía el rostro para esquivar la metralla; en la última lágrima del moribundo que expiraba en sus brazos... Y de lo infinitamente pequeño, en una lógica natural e inevitable, se elevó a la contemplación de lo infinitamente grande.

«¿Crees en Dios?» le había preguntado aquel chico de Nebraska una noche, atrincherados bajo un cielo que fulguraba cuajado de estrellas. «No tengo ni idea», había respondido Bonham fumando su cigarrillo y mirando a los astros. Cuando al fin pudo elaborar una respuesta, tiempo después, le fue imposible compartirla con su compañero pues este ya caminaba por el valle de las sombras hacia la eternidad.

—Buen amigo... —se oyó musitar Bonham a sí mismo, todavía al volante camino a casa en Boston, mientras una triste sonrisa asomaba a su rostro y una lágrima pugnaba por rodar sobre su mejilla y estrellarse en la solapa de su chaqueta de tweed.

Bonham comprendió durante la guerra que la vida humana formaba parte de algo mucho más elevado, aunque él personalmente no se atrevía a ponerle nombre alguno a aquella superioridad. Acertó a entrever que cada existencia individual no valía tanto por sí misma cuanto por ser parte de un todo mucho más grandioso, del mismo modo —pensaba— que un hilo de cobre solitario es bien poca cosa, mientras que trenzado en un grueso cable se vuelve casi indestructible. De igual manera una sola vida es prescindible —a miles morían a su alrededor—, mientras que entretejida con todas las demás, ayudando a integrar la humanidad entera, contribuye a hacer a esta perdurable e inmutable a pesar de los muchos que caigan por el camino.

La colectividad frente a la individualidad; su sacrificio como militar si con ello salvaba a más de un ser humano. Con aquel discurrir John encontró el valor para perder la vida, perdió el miedo a encontrar la muerte y... sobrevivió. Milagrosamente sobrevivió, aunque el látigo de la tragedia había marcado a trallazos su alma y la de todos aquellos que, tras la guerra, regresaron a casa a restañar sus heridas y lamer sus profundas cicatrices.

Algunos, contaminados por el horror, no pudieron recuperarse nunca más, y si bien la muerte no pudo darles caza en los campos de batalla de puro atareada que estaba, los siguió más tarde hasta sus pueblos y ciudades para rematar el trabajo que había quedado inconcluso. Los fue atrapando uno tras otro: acorralándolos lentamente con el alcohol y las drogas; levantándoles la tapa de los sesos con disparos de miedo en sucios callejones; colgándoles de sogas hechas de soledad en tristes moteles y apartados caserones...

Muchos otros, asustados por lo que habían visto, se aferraron a la vida que ahora apreciaban más que antes. Contrajeron matrimonios, fundaron familias, levantaron negocios y se aprestaron a tratar de olvidar, viviendo aceleradamente en una huida sin fin hacia adelante.

Unos pocos, en fin, descubrieron una nueva dimensión que cambió el rumbo de sus destinos y los llevó hacia derroteros que jamás habrían sospechado. Entre estos John Bonham, aquel que de niño se entretuviera en machacar bichos en los eriales de Kansas y que decidió que su futuro habría de dedicarse a la investigación, a la comprensión de los arcanos de la existencia y a la preservación de la vida.

Con esa intención, una vez licenciado y beneficiándose de las ayudas que el ejército facilitaba a los veteranos de guerra para costearse sus estudios, se matriculó en la facultad de medicina de la universidad de Iowa, limítrofe con su estado natal.

El entusiasmo que le impulsaba, su concentración y sus brillantes calificaciones le hicieron destacar de tal modo que pronto logró la concesión de otras becas, con las cuales pudo permitirse cambiar de centro para terminar su carrera en un lugar mejor. Acabaría graduándose con honores —en la especialidad de neurología— en la más prestigiosa universidad del mundo: la escuela de medicina de Harvard. El sitio para los mejores entre los mejores; el centro puntero que durante más de dos siglos se había mantenido a la cabeza en la lucha contra las enfermedades, la investigación de la salud humana y la práctica médica.

Capítulo 2. Un encuentro crucial.

En plena batalla del Pacífico y antes de lanzarse al asalto, Oak⁶ Paterson, el cachazudo y experimentado sargento de su unidad, les había aconsejado que recordaran alguna cosa agradable de sus vidas y que pensarán en ella mientras avanzaban hacia el enemigo. Bonham intento pensar en sus padres, en su infancia, en la señorita Madeleine... pero nada de aquello conseguía mantenerse en su cabeza durante más de dos segundos. Así que ya se disponía a desechar aquella estupidez y a saltar fuera de la trinchera, aferrando fuertemente su fusil, cuando de pronto, como el siseo de la brisa a través de una ventana mal ajustada, se coló en su mente la aterciopelada e insinuante voz de Lena Horne⁷ y su canción Honeysuckle Rose. Una melodía que sonaba aquellos días en la radio y que debía haber oído Dios sabe en qué lugar de los muchos que había recorrido.

Tan envolvente resultaba que consiguió abstraerse del infierno de fuego y del aguacero de balas que le rodeaba. Aquella voz dentro de su cabeza le acariciaba, le hablaba de

⁶ En inglés “roble” (apodo).

⁷ Lena Mary Calhoun Horne (30/06/1917 - 09/05/2010), más conocida por el nombre artístico de Lena Horne. Fue una popular actriz y cantante afroamericana de jazz.

dulzura y de labios que besar. El mundo entero se redujo a un agradable zumbido de abejas, los estampidos se diluyeron progresivamente, todo comenzó a moverse a cámara lenta mientras Bonham, a salvo, avanzaba entre sus compañeros de batallón que le miraban y le sonreían beatíficamente. A cada paso se desplazaba varios metros sin ningún esfuerzo, etéreo e ingrátido, elevándose y sorteando con facilidad toda clase de obstáculos.

Entonces, el tableteo de las ametralladoras volvió a aproximarse, áspero y hostil. Al principio de manera imperceptible y luego con más insistencia: ra-ta-ta, ra-ta-ta. Bonham comenzó a percibir el peligro y la cálida envoltura protectora a resquebrajarse. Las ráfagas de las armas agudizaron un poco su tono y se hicieron más cercanas: riii, riiin, riiinng... Manoteó en el aire desesperadamente, como si de aquella manera pudiese apartar las balas de las trayectorias que las conducían hacia su cuerpo. Sonó una explosión y se produjo la oscuridad total...

—¡Bonham, Bonham! —sintió que le llamaban débilmente pero con insistencia desde algún lugar indefinido. Ante su visión no se mostraba más que negrura impenetrable.

Pulsó el interruptor de la lámpara y el estallido de luz le dañó las pupilas cruelmente, obligándole a cerrar los ojos con fuerza, al tiempo que giraba la cabeza en dirección contraria al origen de los haces luminosos. Se asomó al borde de la cama y allí, en el suelo, descubrió el auricular del teléfono, a donde había caído lanzado desde la mesita de noche por sus frenéticos movimientos. Lo recogió colocándolo sobre su hombro izquierdo y se dejó caer de espaldas en el lecho, con los ojos aún cerrados.

—Mmm... sí... Diga... dígame.

—John, ¡gracias a Dios! —al otro lado del hilo sonaron las erres de Nikolaus Henfeld—. Debes venir de inmediato. ¡Ha ocurrido algo!

Los últimos vestigios del sueño bélico huyeron de sopetón del embotado cerebro recién incorporado a la vigilia. Bonham se sentó en la cama y se frotó el rostro.

—Pero qué... ¿qué ha ocurrido? ¿Se trata del animal? —interrogó con ansiedad, intuyendo la contestación aun antes de formular su pregunta.

—Me temo que así es. Le sucede algo extraño... creo que no se encuentra bien —fue la respuesta, que transmitía desconcierto.

—Está bien, voy para allá de inmediato. Quédate ahí y no lo pierdas de vista.

Echó un rápido vistazo al reloj sobre la mesilla de noche, comprobando que apenas había dormido unas horas. Saltó de la cama, se embutió en sus ropas y salió disparado hacia la universidad.

En la calle la meteorología había cambiado. El cielo mostraba ahora el denso color gris acero, la quietud y el pesado silencio que anunciaban otra gran tormenta de nieve, como la que había azotado Boston la noche anterior. De un brinco salvó los tres escalones cubiertos de hielo que bajaban a la acera, los cuales, de no ser por la prisa que le impelía, habrían sido sorteados pisando con extrema cautela.

Mientras conducía no pudo evitar pensar cuan diferente era esta salida de la entrada que hizo a su hogar tan solo unas pocas horas atrás ¡Qué diferentes sentimientos e impresiones!:



En 1967 Christiaan Barnard realiza el primer trasplante de corazón de la historia, al tiempo que el doctor John Bonham trata de conseguir en Harvard el mítico trasplante de cerebro con fines médicos. El encuentro casual de Bonham con el Comandante Howard H. Aiken (el diseñador en Harvard de la primera computadora automática) dará al trabajo del médico un giro inesperado, con resultados increíbles que cambiarán la vida de John Bonham y la de quienes le rodean para siempre, enfrentándole a terribles dilemas y poniéndole en el punto

de mira de los principales servicios secretos del mundo, los cuales sólo ven en su invento un arma de infinitas aplicaciones con la que se podría dominar la tierra en plena Guerra Fría. En el periplo del científico a lo largo de medio planeta tratando de escapar de sus perseguidores, la inteligencia y el valor serán puestos a prueba, y la amistad y los sentimientos habrán de superar terribles obstáculos y vencer los más crueles designios, demostrándonos que el verdadero amor existe más allá de lo puramente físico y material. Por último, los hechos se pierden en la oscuridad de un secreto cuyas consecuencias alcanzarán el presente.

Juan Luis Ortiz Hidalgo (Sevilla 1964). Sus múltiples inquietudes le han llevado a reunir con los años un amplio bagaje de experiencias que ahora complementa con la publicación de la presente novela. Viajero incansable, psicólogo, oficial reservista de las fuerzas armadas y actualmente cursando estudios de ingeniería informática. Buen conocedor, por tanto, del hombre y de la máquina, lo que le permite trazar una narración increíblemente amena y original, llena de giros y sorpresas que mantienen al lector en vilo hasta el final.

